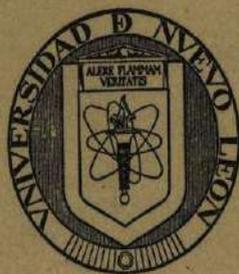


# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Año II

Nº 2

1961

## DE LA GUERRA Y DE LA PAZ

LIC. ALBERTO GARCÍA GÓMEZ  
Universidad de Nuevo León

*Sobre las tumbas recién abiertas se  
cantan siempre nuevas canciones...*<sup>1</sup>

### PREFACIO

EL TÍTULO DE NUESTRO TRABAJO no es nuevo: como fácilmente se comprende hay obras meritísimas que lo llevan; sólo que el tema, infortunadamente, pertenece, más que a un autor determinado, al hombre de todos los tiempos. El problema de la guerra y de la paz, considerado bajo su necesaria dualidad, es, en el primero de los casos, una cuestión que data de los orígenes mismos del hombre, ya que la violencia y la fuerza han determinado la solución de la mayoría de todos sus conflictos, como así lo dicen las páginas de su propia historia. De su lectura es posible observar, también, la siempre creciente evolución y perfeccionamiento de los medios empleados por el hombre para producir muerte y destrucción; los que van desde los más primitivos hasta los de nuestros días, en que la imaginación no concibe del todo su terrífico poder de aniquilamiento. En realidad, el problema de la guerra y de la paz debe constreñirse a la primera, ya que, si consideramos la paz como "el esplendor del orden", o bien, en la definición Agustiniense: "*Pax Est Ordinata Concordia*"; la paz es la concordia en el orden y por el orden, ya que el orden engendra la paz,<sup>2</sup> ésta, por sí misma, jamás ha sido problema. Si lo es, en cambio, su obtención y más aún su conservación, por lo que será pertinente referirse al problema específico de la guerra.

<sup>1</sup> Doctor AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, *Filosofía del Hombre*. Fondo de Cultura Económica, p. 100.

<sup>2</sup> Citada por ALFRED VERDROSS, *Derecho Internacional Público*, p. 16.

Las circunstancias sociales y políticas, así como el notable adelanto científico alcanzado por el hombre, lo han colocado en paradójica, cuanto grave situación: en un aspecto, casi ha llegado al completo dominio de la materia, al menos en el descubrimiento y dominio de fuerzas que permanecían ignotas y, en otro —el más trágico—, en un estado de evidente postración moral y espiritual que parece conducirlo hacia su propio fin.

Con la conquista material y la posesión de una nueva técnica bélica, ciertamente el hombre ha alcanzado niveles de poderío como jamás pudo soñarlos en ninguna otra etapa de su historia. A semejanza de otras empresas acometidas por él en el pasado, como por ejemplo, las Cruzadas de la Edad Media, que desembocaron a principios del siglo XVI en las guerras de religión. Fue el hecho cumbre que dominó la política europea. Las relaciones entre los Estados estaban alentadas por motivaciones religiosas. Así la religión llegó a ser *l'elan* de la vida internacional,<sup>3</sup> así lo expresa el propio título de la célebre obra de Pedro Dubois (1250-1323): *Recuperatione Terrae Sanctae* (1305). Hoy, para desgracia de la humanidad, el hombre emprende otra clase de empresa, como la sombría de cavar su propia sepultura, en un mundo revuelto, impregnado de problemas y dificultades, por lo que podría preguntarse en el caso de la probable verificación de una guerra ¿cuál sería el ideal o los fines que animarían al hombre a llevar a cabo tan macabra tarea?

Frente a ese porvenir incierto y aterrador, resulta interesante escuchar la voz de un tratadista que alejado de filosofías enfermizas o de simple existencialismo abstruso, deja oír su mensaje de hondura y de vivificante actitud.

“En estos mezquinos tiempos —nos dice el doctor Agustín Basave Fernández del Valle— de agitación sin sentido, en que la locura de las ambiciones terrestres esclaviza a los más de los hombres, he podido, con la ayuda de Dios, guardar lealtad a mi vocación filosófica. No vivimos en épocas propicias para filosofar y, sin embargo, nuestro mundo requiere —hoy más que nunca— de la filosofía. El adelanto técnico, se ha utilizado para devorar al hombre en los campos de la *economía* y de la *guerra*, porque el pensamiento ha perdido el contenido moral que lo arraigaba a la comunidad. Echemos una ojeada al ámbito del espíritu humano y nos sentiremos conmovidos por su desesperación y su angustia provocadas por el maravilloso avance de una ciencia sin brújula, que, hace ya un siglo, cava el alma del hombre hasta dejarla sin contenido... En el vacío y en la ausencia de convicciones en que vivimos ha sentido el hombre, por fortuna, horror a ese vacío, ya retorna

<sup>3</sup> FRANCISCO SUÁREZ, *Guerra, Intervención y Paz Internacional*. Colección Austral. Espasa Calpe, p. 18.

con su cansancio y su melancolía letal a regiones donde “súbitamente, con la gracia intacta de una casta virgen, emerge a sotavento el acantilado de la divinidad...”<sup>4</sup>

“La actuación histórica —prosigue el autor citado, en otra parte de su obra— parece desarrollarse sobre campos malditos. La humanidad ha vivido empleando constante e inevitablemente, maniobras y procedimientos diplomáticos de mera apariencia y de positivo engaño. Desde la primera dinastía egipcia hasta nuestros días, la historia nos muestra el predominio total de la mentira y de la astucia en toda política fuerte y el consiguiente aforismo de que “el fin justifica los medios”. No ha sido la moral el fundamento de las políticas nacionales; *ha sido la guerra, de todos contra todos* y la desconfianza ilimitada de las multitudes del dogma de los Estados”.<sup>5</sup>

La gravísima experiencia que tendrá que arrostrar el hombre en el caso de que se decida a llevar a cabo una guerra, la que sería totalmente distinta de cuantas haya realizado en épocas anteriores, supone un hecho nuevo y trascendental, ya que el mundo presente ha entrado a nuevas condiciones sociológicas, lo que entraña circunstancias extrañas. Tal es el caos de la iniciación a la Era Nuclear, lo que indudablemente exige una revisión total, si no es que una verdadera revolución en todos los órdenes de la vida humana, con la natural adaptación del Derecho de la Guerra (*Jus in bello*). ¿Cómo se aplicaría, por ejemplo, el tradicional principio axiomático del empleo de la fuerza, en legítima defensa, conferido por la ley natural y que no es solamente un derecho individual, sino estatal, en el evento de realizarse una guerra, cuando este principio, ha llegado a consagrarse nada menos que en el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas?<sup>6</sup> Rudolf Pannwitz, en estudio reciente, ha dicho: “El hombre sólo abandonará lo orgánico e histórico, heredado en forma de cuerpo, alma y espíritu, que constituye su mejor riqueza y su mejor valor, por una situación superior de carácter asimilable general, pero nunca por conquistas técnicas o mecánicas. Si se le habla de una Era Atómica, contestará: “Yo sigo viviendo en la era del hombre y deseo y espero que mis hijos, mis nietos y todos mis descendientes, no comprendan nunca que se haya querido vivir en otra era que no sea la del hombre, ni crean que ello haya sido posible”.<sup>7</sup>

Ciertamente ninguna descripción podría acercarse a esa realidad, que es

<sup>4</sup> DR. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, *op. cit.*, p. 24.

<sup>5</sup> *Op. cit.*, p. 270.

<sup>6</sup> “Así se explica que el artículo 51 de la Carta de la ONU califique la legítima defensa” (“right of self-defense”) de “derecho inmanente” (“inherent right”, “droit naturel”)... ALFRED VERDROSS, *op. cit.*, p. 35.

<sup>7</sup> RUDOLF PANNWITZ. *La Misión de Europa*. Revista Humboldt, p. 2, n. 1.

la guerra moderna, porque sus consecuencias, magnas en lo material, en lo espiritual resultarán indescriptibles. ¿Cómo hacerlo con el dolor de una madre que pierde al hijo en el combate? De los escombros, la mano del hombre reedifica, ¿pero cómo rehacer las heridas del alma?

Este *Preludio del Apocalipsis* —que sería, como ha sido— el empleo de las armas nucleares, es bastante significativo como para que el hombre reflexione hondamente en el contenido del término PAZ y permita que su símbolo se pasee perennemente sobre la faz del mundo; si bien, el olvido y el desdén por parte de éste, hacia los principios religiosos, filosóficos, jurídicos y políticos, que por siglos han venido informando a las instituciones que le han permitido sobrevivir, ha producido la situación anómala de su dominio material y de su pauperismo espiritual, habida cuenta del saldo incalculable de los millones de vidas humanas cegadas por el odio fratricida.

Quincy Adams, en su *Estudio sobre la Guerra*, nos habla de que en un período que va de los años de 1840 a 1941, hubo doscientas setenta y ocho guerras, a razón de tres, cada cinco años, sin considerar los conflictos que hubieron de registrarse posteriormente, los que fueron extinguidos, sin que llegaran a convertirse en conflagraciones mundiales, como en el caso de la guerra de Corea.

No está por demás, escuchar ahora la voz de un psicólogo: se trata del doctor Antonio Prado Vértiz, quien en reciente publicación diarística ha establecido que actualmente se observa “una angustia que se manifiesta por una intensa inquietud y por una constante tensión en el individuo. Es una enfermedad psíquica que muy pocos hombres, quizá ninguno, haya dejado de sentir alguna vez, ya que, por desgracia, vivimos en un mundo lleno de agresiones, de egoísmo y de odio”.

A su vez, el internacionalista A. F. Feller, no deja tampoco de señalar que “bajo la capa uniforme de una aparente unidad de la civilización industrial, yacen ancestrales intereses, costumbres y pasiones que dividen a los pueblos y tienden a perpetuar todos sus conflictos, a la vez que éstos se han ido haciendo más complejos por las nuevas ideologías surgidas a causa de ciertas circunstancias y por adquisiciones de poder con que antes no se contaba. A la vez que el progreso material ha ido avanzando, han ido profundizándose, en determinados casos, las diferencias de idioma, religión, aspiraciones, tradición económica, siendo precisamente estos factores los que hacen más difícil alcanzar la colaboración internacional que conseguir cierta cooperación dentro del ámbito nacional”.<sup>8</sup>

Sin caer en un pesimismo exacerbado, no obstante, no es un misterio, y

<sup>8</sup> A. H. FELLER, *Las Naciones Unidas y la Comunidad Universal*, p. 13.

sí una ventaja el reconocimiento de que el mundo ha llegado a ser demasiado complejo y, por tanto, difícil de encontrar la o las causas que han determinado el momento angustioso histórico que nos ha tocado vivir, ya que la variedad de factores que han intervenido en su culminación son de diversa cuanto múltiple naturaleza. Tomando esto en consideración, y para los fines de estudio, hemos estimado conveniente hacer un agrupamiento temático, partiendo básicamente del hombre, en la siguiente forma: 1) de lo moral individual; 2) de lo moral nacional; y 3) de lo moral internacional, siendo de observarse, desde luego la concurrencia y determinación de estos factores a lo que parece inevitable: la guerra.

#### 1. DE LO MORAL INDIVIDUAL

La guerra no es un hecho cuya causalidad sea extraña al hombre; si el hombre está en conflicto con sus semejantes es que ya de por sí el hombre es un viejo conflicto, que vive en perpetua tensión dialéctica y de su insuficiencia radical, que al tratar de colmar, ya de facto, origina las guerras, que tal es el estado actual del hombre. Resultaría, por tanto, sin fundamento, el tratar de establecer una teoría de la guerra sin la base previa de una filosofía del hombre. Este nuevo aspecto del humanismo —como una necesidad— empieza ya a delinearse en obras como la que escogimos y que explica, con bastante profundidad, el problema del hombre moderno: tal es la *Filosofía del Hombre*, del Dr. Agustín Basave Fernández del Valle. Otros autores también se ocupan del tema, si bien no lo explican en su totalidad, debido a la complicada existencia del hombre mismo, que actualmente es el “homo faber”.

Rudolf Pannwitz —por su parte— al referirse al punto central del hombre, afirma: “La Idea Europea” se formula en cuatro palabras: *la primacía del hombre*. Es decir que todo lo que se piensa y se hace no puede proceder primordialmente de las cosas, sino que parte del hombre y se dirige al hombre, para lo cual debe tenerse en cuenta que este hombre no es un *sujeto* romántico o moderno, sino un ser que ha de responder ante *sí* mismo de un *mundo objetivo*. La primacía del hombre tampoco es un programa, sino más bien una trayectoria firme para toda su conducta. Esta trayectoria le servirá de punto de partida para reconquistar el valor interior y la seguridad exterior, a pesar de estar hoy más amenazado que nunca. Nada de esto es irrealizable, ni ha de pagarse por ello un precio exagerado. El individuo ha de saber evaluar lo que se debe a sí mismo y estar convencido de que todo lo que consigue, incluso lo más insignificante o inseguro, tiene un

valor. Con ello no se alude al individuo, a la Nación, al Estado, ni a la Humanidad, sino a todos y cada uno, tal y como lo expresa el pensamiento de Nietzsche: a todos y a ninguno. En todo caso, no se trata de la colectividad, ni de un individuo aislado, sino del tipo representativo, determinado por la historia, que se abrirá paso en la época que se avecina. No es una persona particular "existencial" de hoy, ni tampoco un ideal de pasado mañana. La responsabilidad que habrá de asumir equivale a una *reacción* contra las fuerzas temporales".<sup>9</sup>

Sin embargo, no es ciertamente simple la magnitud que encierra el tratar de conocer al hombre, el que resulta complejo e incomprensible, especialmente el de nuestros días, ya que todo el peso de su propia historia parece agobiarle y su vista no alcanza a penetrar en la muralla de los "becerros de oro" que son los dioses modernos. En los negocios de este mundo, a juzgar por el aforismo de Protágoras —rectamente interpretado— de que "el hombre es la medida de todas las cosas, de las que existen, por la manera como lo son; de las que no existen, por la manera como no son", precisase el tratar de acercarnos a él para comprender, hasta donde ello sea permisible, el gran "porqué" explicativo del período crítico actual.

Hay un pasaje en la obra *Guerra y Paz*, de León Tolstoy, y que citado por el escritor Edmund Walsh, S. J., nos muestra a no muy lejana distancia temporal del hombre contemporáneo —considerando las naturales salvedades circunstanciales— a otro que no guarda diferencias de consideración con éste. "Tolstoy pinta un espécimen de cuerpo entero en el Príncipe Andrew Volkonsky, el escéptico orgulloso frío refinado. Yaciendo herido en el campo de Austerlitz, el príncipe contempla el cielo y medita: "Ese cielo distante, tan alto, tan alto, allá arriba, eterno... Ah, si pudiera decir, 'Dios, apiádate de mí'. Pero, ¿a quién he de decírselo? ¿Al Poder Indefinido que es inaccesible y a quien ni siquiera puedo definir con palabras; al Gran Todo de la Gran Nada, o es el Dios que está contenido en este encanto que me ha dado María...? Nada es cierto excepto la Nulidad de todo lo que puedo concebir y la majestad de algo que no alcanzo a comprender".<sup>10</sup>

Pero si el hombre actual no se diferencia, en lo materialista e irreligioso, ¿cuál debe ser el criterio que podamos utilizar para obtener un resultado más o menos aproximado de ese hombre complejo que parece ir irreflexivamente a una nueva catástrofe bélica? Acaso, ¿habrá que esperar la llegada de un hombre nuevo y superior, o bien conformarse con los residuos del mismo que queden después de haberse consumado una guerra atómica o hidró-

<sup>9</sup> RUDOLF PANNWITZ, *La Misión en Europa*, op. cit., No. 1, p. 3.

<sup>10</sup> EDMUND A. WALSH, S. J., *Imperio Total*, p. 56.

gena? Tal es el probable dilema que pesa sobre la humanidad, pese a cualquier optimista actitud, que sobreestime esta realidad no deseable.

El doctor Agustín Basave Fernández del Valle, en la decisiva aportación que ha hecho al pensamiento filosófico moderno, en su obra *La Filosofía del Hombre* —ya mencionada— la que nos ha servido de guía, nos presenta ideas que nos permiten, desde nuevos ángulos, acercarnos a ese hombre de quien en realidad poco conocemos. Conveniente es aclarar, que para los propósitos del tema de estudio, no es indispensable hacer un análisis exhaustivo sobre el hombre mismo, objeto de la filosofía del hombre o Antroposofía Metafísica, como así le domina nuestro autor, ya que, en síntesis, es la especie humana quien determinará o eludirá la verificación del drama futuro en el caso de una guerra, la que nos sirve de fundamento en el somero análisis interpretativo que verificamos.

Aclarado lo anterior, y con ejemplos ilustrativos, hemos creído oportuno citar lo que el doctor Basave Fernández del Valle, intitula las "Visiones de la Historia" que nos han brindado diversos pueblos, a través de la Historia, desde sus albores, citando en primer término la "Visión Hebrea de La Historia", la que nos muestra interesantes aspectos que nos permiten asomarnos a ese mundo complejo que el hombre trata de interpretar, ya desde el punto de vista de un grupo social.

"Los hebreos —escribe el autor citado— concibieron la historia como un todo. Los acontecimientos históricos eran un camino hacia una meta y tenían el sentido de una lucha por una decisión definitiva. Esta meta —centro de gravedad de su vida espiritual— no era el destino individual del hombre, sino el destino del pueblo elegido. El reino de Dios lo esperaban realizar aquí en la Tierra. Esta idea no era simplemente mundana o secular, sino religiosa, teocrática. El reino nacional israelita ardientemente soñado, les impidió reconocer la cruz ofrecida por el Mesías..."<sup>11</sup>

En relación con la posición adoptada por los griegos, en su visión de la historia, nuestro autor dice: "Para los griegos y romanos, el orden histórico era, pese al reconocimiento de cambios temporales, de una regularidad periódica inviolable. El último significado de la historia estuvo ausente en la especulación grecorromana.

"La constancia y la inmutabilidad pervivían por debajo del crecimiento y de la decadencia. Si alguien les hubiese hablado de una filosofía de la historia, griegos y romanos tal vez hubieran sonreído pensando en una contradicción en los términos".<sup>12</sup>

<sup>11</sup> DR. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, op. cit., p. 216.

<sup>12</sup> Opus cit., p. 219.

El genio griego se esforzó sin descanso —observa Joseph Bernhard— en eliminar el antagonismo “esencia-evolución” (Dios-Historia), y, aun cuando no tuvo éxito en la solución lógica, no fueron vanos sus trabajos, porque la lucha en torno de ella dio otros frutos muy sazonados que fueron de gran importancia para la vida religiosa y moral y hasta para el progreso científico.

Los dioses —expresa Jenófanes— nos enseñan a los mortales de buenas a primeras todo lo que pueden aprender. Dejan que ellos vayan conociendo lo mejor poco a poco, valiéndose de la investigación personal; Dios, que es único y que, en cuanto a la forma y al pensamiento no tiene semejante entre los pobres mortales, es todo ojos, todo oídos, todo espíritu, es un ser que permanece invariablemente, porque no es decoroso en El, el continuo moverse de un lugar para otro.

Aristóteles, agudo observador de los entes concretos y de la evolución de la naturaleza del hombre, vio la tendencia finalista del cosmos. Un motor divino que no es movido y mueve no por impulsión sino por atracción es la causa primera de la realidad escalonada, en la cual Eros arrastra todas las cosas hacia los confines de sus perfecciones. Pese a los esfuerzos del mundo fenoménico por llegar a Dios, resulta a la postre, que la divinidad es inaccesible y que el mundo se queda en una evolución constante. Aunque Aristóteles no haya construido una filosofía de la historia, nos legó un conjunto de conceptos que pueden servir de base para la edificación de un sistema. Válganos como ejemplos, su doctrina del acto y de la potencia, y su definición del movimiento.

Sin negar el valor de las enseñanzas de la historia —juicios de pronóstico útiles para la vida humana—, los griegos no llegaron a sentir por la historia el aprecio que tenían por otras disciplinas. ¿Razones? Es que la historia no es un saber demostrativo. La historia no puede ser ciencia.<sup>13</sup>

En la proyección histórica que nos ofrece el autor de mérito y para los fines de estudio propuestos, destácase, por lo trascendental de su contenido, el capítulo relativo a la “Visión Cristiana de la Historia”, cuando escribe: “La Visión Cristiana de la Historia converge hacia un hecho central: la llegada de Cristo”. La figura histórica de Jesucristo es “la síntesis de la aproximación entre el ser y el evolucionar, entre Dios y la Historia”. El tiempo anterior a la llegada del Mesías tiene el sentido de una preparación y de una espera. La historia posterior a la muerte del Salvador cobra significado por la dirección religiosa que asume la Iglesia fundada por Jesucristo. Esta fuerza dirigente de los destinos humanos hace inteligible el sentido de la historia. Nos guía hacia un “obrar cual corresponde al que se halla en presencia

<sup>13</sup> DR. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, *op. cit.*, p. 221.

de Dios”. Con San Agustín, los cristianos vemos en la historia el espectáculo de la educación del hombre por Dios, pero también la tragedia de la limitación por el hombre de la voluntad salvífica del Ser supremo. No se trata ya de ningún movimiento circular ni de ningún proceso continuado y perenne. Todo lo que acontece en los tiempos —ritmo y sucesión— es presencia constante de la eterna sabiduría de Dios. En este valle de lágrimas se busca la felicidad y no se la encuentra, porque “no hay más que pecado y corrupción, amor falso y apostasía”, dice Bernhard. *En el escenario de la tierra están en lucha los dos campamentos existentes*. Pero vendrá el día de la separación entre uno y otro campamento. Nuestro Creador y Redentor será, también, el Juez de los acontecimientos históricos.

Pendientes del Juicio Final, los hombres tenemos, mientras tanto, un módulo, un sentido y un objetivo en nuestra vida: la instauración del reino de Dios. Aunque tenemos asegurada la victoria final de nuestra causa, como soldados del reino debemos conocer “la confusión caótica de este mundo” que contrasta con la “tranquilidad serena del otro...” “El verdadero universalismo de la humanidad —agrega— aparece con la venida de Cristo. Sin la conciencia religiosa y universal del cristianismo se cae en el particularismo de la religión de los pueblos, de los Estados, de las razas. Sabemos que Dios se revela adaptándose a nuestras facultades: *per modum recipientis*, como diría un escolástico. Pero lo sobrenatural, aun tornándose vida del hombre y uno de los factores esenciales del proceso histórico, sigue siendo divino por su naturaleza sobrenatural. Verdad era historia, por eso, no la hay sin el cristianismo. Todo lo anterior no es sino preparación para el gran hecho de la redención. Los cambios, las oscilaciones históricas, representan las alternativas de aceptación y de repulsión de lo divino que desciende a nosotros y en nosotros se incorpora.

“La Historia es una búsqueda de las huellas de Dios. En el zigzagueante vivir de los hombres sólo cabe buscar la línea recta de Dios...”<sup>14</sup>

Al señalar la trascendencia de la presencia del cristianismo, no hacemos sino corroborar la comprensión de este hecho por parte de los más brillantes expositores y tratadistas, que en todos los tiempos se han ocupado del tema. Así —en nuestros días— ha dicho el escritor Edmund Walsh, S. J.: “Con toda seguridad el nacimiento de Cristo señaló una de esas encrucijadas en la historia, al introducir, como introdujo, una profunda transformación espiritual y cultural en el antiguo mundo del paganismo. Su advenimiento hasta llegó a dividir el calendario en dos épocas del tiempo reconocibles. *El hombre emergió de la masa de la humanidad indistinguible como una personali-*

<sup>14</sup> *Op. cit.*, p. 227.

dad investida de una dignidad individual desconocida para las privilegiadas castas paganas de las civilizaciones precristianas, a pesar de que Platón y Aristóteles habían llegado al margen de la revelación. Era el punto en que cambiaba de curso la historia espiritual de la raza, era la fusión de lo completo con lo incompleto que reconciliaba la libertad del hombre con la soberanía del Omnipotente".<sup>15</sup>

En el breve repaso hecho a estas "Visiones Históricas", se observa cómo la humanidad, tomando las más importantes manifestaciones de diversos pueblos, naciones o Estados —sin olvidar su evolución y las consecuencias históricas inherentes a los mismos— ha tratado de encontrar el camino, esencialmente con la ayuda singular del cristianismo, para alcanzar su propia dignificación y elevación, así como para hacer permisible la coexistencia con los demás hombres, al tenor de aquellas palabras profundas de la moral cristiana, que, por desgracia el hombre actual, no quiere ya oír ni comprender: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", considerando que el hombre desconocía la idea de una fraternidad, basada en el amor y en la caridad, a contrario sensu del concepto romano, que concebía al "extranjero" como a un "enemigo". Mas a pesar de lo sublime que encierra el contenido de la religión cristiana, no sólo para "otra vida", sino para la presente, el hombre al pretender ignorarla, desdeñarla u olvidarla, ha obtenido como consecuencia, la trágica experiencia del pasado y en lo referente a lo venidero, al menos, no ha podido impedir o frenar, las circunstancias que con diabólico dinamismo convergen a originar un posible conflicto bélico. Es también de mencionarse que otros caminos —fuera del religioso— han resultado ineficaces, para prevenir tales conflictos, es el caso de instituciones jurídicas de carácter internacional, como la Liga de Naciones, y actualmente, la Organización de las Naciones Unidas, las que, en el caso de la primera, pese a la nobleza de sus propósitos, fue incapaz de detener la verificación de la Primera Guerra Mundial, y en lo que respecta a la segunda, justo es reconocer sus esfuerzos en la prevención y mediación de problemas que hubieran constituido el principio del fin, pero cuya propia existencia ha tenido grandes peligros.

A pesar de lo dicho por Jaspers, en el sentido de que "el hombre es más de lo que se sabe de él", es posible localizarlo —en planos sociológicos— desde su nacimiento, desde los tres círculos fundamentales de su existir: la familia, la sociedad, la nación o el Estado.

En lo relativo a la familia, cuya importancia como institución fundamental, es evidente, los tratadistas, sociólogos, así como autoridades eclesiásticas

<sup>15</sup> EDMUND WALSH, S. J., *Imperio Total*, p. 39.

y civiles, convienen en señalar que su naturaleza ha perdido sus virtudes morales fundamentales, debido a poderosos factores disolventes que la han venido debilitando. La situación ética, religiosa, social y jurídica, que guarda la familia moderna, es un reflejo natural de los factores de descomposición que operan en el mundo moderno, con la ayuda de formidables y decisivos medios inmediatos de difusión de lo inmoral, de lo intrascendente y de lo vulgar, creando mentalidades enfermas, al hacer hipócritas panegíricos del mal, en vez de estimular las virtudes morales y cívicas. La televisión, el radio, el cinematógrafo y la proliferación de "obras", de contenido morboso, así como la infiltración de costumbres perniciosas, han contribuido también a formar el medio ambiente del hombre moderno. El mecanicismo —otro agudo problema actual— ha precipitado al hombre en dos corrientes: al desplazamiento y a convertirlo en sólo una parte de la gran maquinaria, que son las colmenas humanas, sujetas a un ritmo temporal inflexible, en el que las "cosas" del espíritu han sido desplazadas, ya que el "ocio" —tomado en su más alta y noble significación— de otros tiempos, que permitía el cultivo del intelecto, se ha convertido en una "cultura prefabricada", insubstancial y folletinesca.

La educación, necesariamente ha recibido el impacto de las corrientes de pensamiento que políticos oportunistas han querido revestir de pseudo-filosóficas, lográndose así una serie de conocimientos trunco, apegados, no a la objetividad científica y pedagógica deseable, sino a una proyección del educando a la supervivencia inmediata y mediocre actual. Al generalizar, cabe hacer la distinción natural, de que la institución familiar tiene sus peculiaridades de nación a nación. La familia, sobre todo en Iberoamérica, difiere en condiciones y en situación ética, así como religiosa y sociológica, de la familia europea, presentando una mayor cohesión y consistencia, aferrándose, pese a los elementos perturbadores y disolventes, a la tradición histórica ancestral, propia de los pueblos de esta estirpe hispánica.

"Nuestro tiempo es de neurosis —nos dice Agustín Basave—, sus más agudos intérpretes reflejan el enojo y el desencanto de vivir. Los europeos, sobre todo, encarnan la crisis actual. Las generaciones de la postguerra padecen deseos de placeres raros y complicados que la vida no da, anhelos de nuevas emociones, tristezas de la carne, afanes inútiles y dolorosamente paradójales de querer espiritualizar las sensaciones más fisiológicas.

"Todas las épocas fatigadas de culturas fetichescas son pródigas en angustias y tormentos que hoy nos parecen nuestros. Una nueva Roma viciosa y fatal aparece en los modernos escenarios de los Sartre y de los Camus. Las más de las voces poéticas contemporáneas son voces cansadas, voces que no se sos-

tienen. Sus imágenes —de tan rara belleza— acusan pereza intelectual de expresión. . .”<sup>16</sup>

En nuestros días, el viejo ideal de muchos pensadores, de que América y Europa constituyan, junto con las demás entidades humanas, un solo conglomerado, no es ya una quimera, sino una realidad, gracias a los modernos y veloces medios de acercamiento. Bien lo ha dicho —al referirse a ese ideal, el escritor Lewis Mumford, así como a la trascendencia de la conquista de América, al escribir: “La conquista de América fue en sí misma el acto que permitió a la humanidad, por primera vez, ponerse en contacto y reconocerse como una unidad común, como la ‘HUMANITAS’ soñada por los filósofos estoicos. La que antes se llamaba la raza humana era tan sólo una metáfora europea, pues para los europeos no entraba en sus cálculos la mayoría de las otras razas. El mundo ya no sería un desordenado conjunto de retazos, de paisajes y de ciudades, que terminaba repentinamente a pocas millas de distancia. . . El globo en sí, sería el símbolo de una unidad en continua integración y evolución”.<sup>17</sup>

Mas si la situación del hombre europeo, a través de la amarga experiencia que hubiera de sufrir con la última guerra, es desalentadora, es grato observar cómo dentro de los residuos de desilusión y amargura, el espíritu del hombre europeo, emerge, para proyectarse en el futuro.

Así, el escritor Rudolf Pannwitz, que ya hemos citado, dice: “¿Puede hablarse de la misión de Europa, cuando ésta no ofrece sino una imagen desgarrada y turbia, en vez de representar un conjunto histórico enérgico y consciente de su cometido? Sin embargo, Europa existe como parte inalienable del mundo, portadora de la historia de nuestro universo, y hay europeos percatados de su responsabilidad. Para éstos Europa vive y tiene una misión que, no sólo es política, sino que lleva en sí el espíritu heredado de una civilización antigua. Este solo hecho permite a Europa sobresalir y la hace digna de ocupar un lugar preeminente en el mundo.

“Las misiones de Europa —prosigue este autor— son infinitas, pero se condensan en una sola. Es indudable que Europa únicamente puede contar consigo misma y extraer sus fuerzas de su propio seno, ya que no existe ninguna construcción externa sólida, si no se regenera interiormente. Europa está todavía ofuscada con su historia, pero sigue unida a sus raíces y es capaz de comprender el presente como si ya fuese el pasado, de enlazar el principio con el fin, de integrar al hombre eterno dentro de los límites del hombre de hoy y

<sup>16</sup> DR. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, *op. cit.*, p. 167.

<sup>17</sup> Citado por el Dr. JOSÉ A. MORA, *Discurso Washington 1956*. Discurso.

quizás también de consolidar el germen del que habrá de salir el hombre de mañana. . .”<sup>18</sup>

Mas si en el círculo de la familia el hombre ha sentido el impacto de la inmoralidad reinante, en lo social su reflejo no es menor. No viene al caso tocar el tema de la sociabilidad del hombre que ha sido ya ampliamente estudiado desde todo tiempo. “Por su desamparo ontológico y por su afán de plenitud es el hombre —ha dicho Agustín Basave— un ser esencialmente social. Su situación indefensa e inerme frente al resto de los animales, y sobre todo, el sentimiento religioso de plenitud substancial que brota de su naturaleza y se confirma en la elevada revelación del cristianismo, patentizan de una manera clara que el ser humano no sólo es apto para la vida social sino que está conformado y dotado para ella”.<sup>19</sup>

Pero el animal político, de Aristóteles, al congregarse, ya en sociedad, lejos de pretender el alcanzar el “Bien Común”, vive en una que sigue los lineamientos de relajamiento que priva en el medio ambiente, en general observándose el avance de instituciones, tanto de tipo social, como asistencial, que van minando la fundamentación familiar para ceder ante el avance estatista tutelar.

## 2. DE LO MORAL NACIONAL

LA NACIÓN, COMO UN TIPO sociológico diferente por sus características, nos ofrece una masa coherente, psicológicamente afín, en su origen y en su comunidad, con grandes elementos de constitución que hacen, en su realidad, individualidades nacionales. Las nacionalidades, que hablando propiamente, no tienen una larga vida, ya que a partir de 1830 a 1832, se desarrolla el principio de las mismas, tiene, sin embargo, este hecho —el de su creación— una gran trascendencia, para la configuración de las diversas nacionalidades, que habrían de multiplicarse prolíficamente. “De hecho, el principio de las nacionalidades —en la opinión del tratadista Verdross— transformó completamente el mapa de Europa surgido del Congreso de Viena. En 1830-32 se reconoció a Grecia como Estado Nacional, nacido de un movimiento nacional de liberación. La oleada nacional triunfó también en Italia y en Alemania, conduciendo a la implantación del reino de Italia (1861) y del Reich alemán (1861), así como a la secesión de Noruega, antes incorporada a Suecia (1905). También los pueblos cristianos de los Balcanes, y Albania lograron, tras duras luchas, la independencia nacional (1878-1913). Los mismos Estados Pontificios, de ve-

<sup>18</sup> RUDOLF PANNWITZ, *Misión de Europa*, *op. cit.*, p. 2.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, p. 203.

nerable antigüedad, cayeron víctimas del principio de la nacionalidad (20 de septiembre de 1870).<sup>20</sup>

Una vez que se ha superado la etapa de las nacionalidades, el Estado es por hoy, el conglomerado jurídicamente organizado de individuos que sostiene la estructura y la organización que parece ir cediendo —en aspectos básicos— ante el formidable impacto de nuevas doctrinas sociales. Baste citar en lo jurídico, el régimen de la propiedad y el de asistencia social, como nos dice Feller, “el modelo típico de una organización política moderna es el Estado”. Una mirada a la historia nos revela, no obstante, que ésta es una forma relativamente reciente de comunidad humana, herencia de los Estados nacionales surgidos en la Europa occidental a raíz de la desaparición del feudalismo y el Sacro Imperio Romano-Germánico. El final del siglo XVIII vio este modelo trasplantado al continente americano, sobre todo en forma de repúblicas, aunque éstas seguían, en general, los sistemas políticos de las monarquías de Europa, y en los últimos tiempos hemos visto las mismas formas de organización política surgir en nuevos países de Asia y de Africa que antes formaban parte de los imperios coloniales. Digno de destacarse es el hecho extraordinario de que a pesar de la gran multiplicidad de variantes en la situación social, racial, cultural o religiosa de los pueblos, todos ellos sostienen las mismas teorías en cuanto a la *soberanía nacional*.

Numerosos pueblos, convencidos de la necesidad de establecer un orden internacional, pero obsesionados por la idea de las dificultades que implica el conseguirlo, han dedicado todos sus esfuerzos y vitalidad a destacar la idea de la soberanía nacional haciendo de ella un estandarte que enarbolan como si fueran el espíritu milagroso que ha de dar vida a la comunidad internacional. La soberanía ha llegado a convertirse en un mito jurídico, en un gigantesco fraude, que no causa sino sinsabores y que, a pesar de todas las definiciones técnicas que se le han aplicado, no es, en suma, más que una exposición del deseo latente en todas las naciones, de gobernar sus propios destinos. Paradójicamente, sólo los pueblos que la han poseído durante siglos y están seguros de que ninguna nación puede lograr una hegemonía sobre ellos, son los únicos que pueden dejar de preocuparse por la soberanía. Tal vez pudiera comprenderse este hecho si se repara en que los ricos raramente piensan en el dinero más que como una propiedad poco importante, considerándolo incluso, a veces, como un obstáculo para alcanzar la felicidad. Pocos pobres se hallarán que consideren el dinero como un estorbo.

Buena o mala, la idea de la soberanía no es sólo un mito, es también un concepto que tiene al presente una enorme vitalidad e importancia y que, por

<sup>20</sup> ALFRED VERDROSS, *op. cit.*, p. 43.

tanto, no puede ser menospreciado. Al propio tiempo, sólo si los diversos Estados están dispuestos a renunciar a una parte de su soberanía para el bien común podrá alcanzarse cierto grado de cooperación internacional, puesto que cualquier proyecto que implique la cooperación debe contar de antemano con la buena voluntad de las naciones a restringir los privilegios de su soberanía que variará según el modo en que los Estados consideren sus intereses nacionales, con la inminencia o ausencia de un peligro externo o incluso con la presión de la opinión pública interior o exterior. Paso a paso se ha conseguido que algunos pueblos dejen de considerarla como un interés vital, pero aún así sigue siendo una fuerza decisiva que gravita sobre el pensamiento de la humanidad”.<sup>21</sup>

Como en los individuos, en las naciones se dan desigualdades —preponderantemente en el aspecto económico. Así hay naciones ricas y pobres o subdesarrolladas, para emplear el término economista y ahora es cuando el factor precisamente económico, destaca preponderantemente, ya que la pobreza y la miseria dejan sentir sus garras en todos los pueblos del mundo. No sería pertinente presentar las estadísticas del estado económico en que se hallan éstos, basta la evidencia de su desigualdad. Cuando se habla del bienestar económico y social, en realidad muy pocos países han alcanzado un grado de cierto desarrollo en estos aspectos, por ello se les ha fomentado ya con el carácter de una verdadera aspiración internacional, desde la Sociedad de Naciones, hasta la Organización de las Naciones Unidas del presente, a través de su Consejo Económico y Social.

### 3. DE LO MORAL INTERNACIONAL

ES EN ESTE ESCENARIO EN donde la humanidad presente, se enfrenta al problema de la posible verificación de una guerra. Actualmente, el hombre contempla una nueva situación en todos los órdenes de su existencia y aunque “tal vez existan en la tierra gentes que hallen placer en guerrear —ha dicho Feller— en todo caso deben de ser muy pocas. La humanidad está ya cansada de guerra, atemorizada por las terribles consecuencias que tendría otro conflicto mundial, y lo que todos los pueblos piden a sus gobernantes y pensadores es que hallen el medio de conseguir la paz del mundo”.<sup>22</sup>

Uno de los signos evidentes de las nuevas circunstancias en que se encuentra el hombre moderno, en lo inmediato, es el cada vez mayor acercamiento con

<sup>21</sup> A. H. FELLER, *op. cit.*, pp. 15-16.

<sup>22</sup> A. H. FELLER, *op. cit.*, p. 17.

sus semejantes a través de veloces y poderosos medios. La distancia, que mantuvo a muchos pueblos a vivir en un ritmo distinto de civilización y de cultura, actualmente, casi ha sido eliminada. Tales medios han estrechado a los pueblos a un grado tal, que la convivencia internacional es cada día más intensa. Consecuencia de lo anterior es la multiplicación de instituciones y organismos internacionales, que agrupan a diversos Estados, en ambos lados de los mares.

Están lejanos los días en que el hombre iba, armado caballero, acompañado de su escudero, por los caminos de Dios para “desfacer entuertos y rescatar viudas”; agrupado en grandes porciones estatales ha llegado a esa etapa —agudamente señalada por Agustín Basave— de los “dos campamentos existentes”, que se aprestan a singular combate. En nuestros días, las banderas de las naciones se agrupan en la magna síntesis que son la *Democracia* y el *Comunismo*: dos ideas y dos doctrinas.

Necesítase, sin embargo, lanzar una mirada retrospectiva que nos permita obtener un concepto más claro del mundo actual, advirtiendo la presencia —a través de sus obras— de eminentes pensadores quienes señalaron derroteros luminosos a los hombres, sin importarles, su color o su credo.

En el campo del Derecho Internacional —fundamento jurídico en que descansa la verdadera convivencia de los pueblos— destácase —entre otros— por la nitidez de su pensamiento y por el profundo contenido de sus enseñanzas y como creador mismo de esta ciencia del Derecho, Francisco de Vitoria (1840-1546). La autorizada pluma de José M. Gallegos Rocafull, nos permite acercarnos a ese fraile singular, cuando escribió: “En esta época, 1526-1540, la Roma pontificia ha sido saqueada, Francisco I, hecho prisionero, Barbarroja, vencido, Viena, defendida y los príncipes alemanes, derrotados. Ya Cortés había conquistado México y los Pizarro el Perú.

“En esa época también explica teología en su cátedra de prima de la Universidad de Salamanca, Francisco de Vitoria. Comentaba de ordinario nominalmente, por la disciplina universitaria vigente, *Las Sentencias* de Pedro Lombardo; en la realidad, por afán de sinceridad científica, la *Suma Teológica* de Santo Tomás; era, pues, por profesión un teólogo. Pero era también un español, que vivía la cotidiana angustia de su pueblo, poniendo en ella todo el fervor de su inteligencia, como su peculiar y propia contribución de sangre a la causa española. Era costumbre entonces que de vez en cuando los maestros más famosos hicieran disertaciones o conferencias ante su facultad o ante toda la Universidad sobre puntos especiales, más o menos relacionados con el curso general de sus enseñanzas. El P. Vitoria aprovechó la oportunidad, cuando le tocó su turno, para analizar una vez, el 19 de julio de 1539, la *licitud de la guerra* que estaba haciendo el Emperador; otra, el 1o. de enero de 1539, la de

la *conquista de las tierras de América*. En otra nación o en otro tiempo, hubiera parecido punible desacato esta osadía con que un catedrático de Teología se exponía a desaprobación la política y conducta de su rey, pero en España imperaba entonces una democrática libertad, de cuyo uso y elevación son buena prueba estas *Relecciones* del Padre Vitoria. Escandalizaron a los regalistas y hasta es muy probable que algún letrado ambicioso denunciara al Emperador como excesiva o imprudente la libertad que se tomaba el Padre Vitoria. En este mismo año de 1539 escribió Carlos V al Prior de San Esteban, que era el convento en que residían los profesores dominicanos de la Universidad, mandándole hacer una información sobre lo que hubieran enseñado sobre ‘el derecho que nos tenemos a las Indias, islas y tierra firme del mar Océano’, y que se les prohibía ‘de nuestra parte y vuestra que agora ni en tiempo alguno, sin expresa licencia nuestra, no traten, ni prediquen ni disputen de lo susodicho, ni hagan imprimir escritura alguna tocante a ello porque de lo contrario yo me tendré por muy deservido y lo mandaré poner como la calidad del negocio lo requiere’. Pondría sobre su cabeza el buen Prior la carta de Carlos V prometiendo darle eficaz y sincero cumplimento; pero ello no fue óbice para que copias y apuntes de las conferencias del Padre Vitoria siguieran circulando entre profesores y alumnos, y de ellos pasaran a letrados y nobles, los cuales acaudillados por el condestable de Castilla Don Pedro Fernández de Velasco, se negaron en las Cortes, apoyándose en la doctrina del Padre Vitoria, a dar al Emperador los subsidios que pedía para seguir luchando con Francisco I de Francia. El Emperador no destituyó al fraile, sino que quiso ponerse a su altura y fue a sentarse, como un alumno más, en los bancos de su aula, cuando el azar de sus viajes le llevó a Salamanca.

“No envaneció —prosigue— este triunfo al Padre Vitoria, como tampoco lo hubiera arredrado la persecución y la destitución. ¿Acaso no sabía él que su voz era la de la conciencia española? ¿Qué poder de este mundo podría imponerle silencio? Haciéndola oír cumplía su función de intelectual, el deber de su magisterio, como el labrador cumple el suyo abriendo el surco o el mestrual machacando el hierro. ¡Tanto peor para el príncipe si no le agradaba su doctrina!, *aún en la enormidad de la guerra*, conocer y cumplir la voluntad de Dios. Quiere Dios por ley natural y por ley de gracia que el hombre ame al hombre: por encima o por debajo de las leyes positivas que han separado a los pueblos, está la comunidad natural de todos los hombres, cimentada en el hecho de que todos tienen la misma naturaleza, y fortificada y desarrollada por la redención universal de Cristo. Este español de la España imperial no se deja desvanecer por las glorias patrias: Carlos V tiene el imperio más vasto que jamás hubo en el mundo, pero aún es más amplia la humanidad y el español no puede olvidar que él es ante todo ciuda-

dano del mundo. En la Roma imperial había sostenido el cordobés Séneca que él no se encerraba en las fronteras del imperio, porque quería estar junto a todos los hombres para ayudar a todos; en la Salamanca del gran imperio español, este fraile traspasa también las fronteras imperiales y reconoce una sociedad humana de la que se derivan derechos y obligaciones para todos los hombres. Como nace de la naturaleza, es anterior a toda ley y subsiste siempre, aunque no tenga un órgano político que la exprese...

“Rehuye, pues, el padre Vitoria el camino fácil, abierto en la Edad Media y tan grato a Dante, de admitir una monarquía universal, que estableciera la paz y la concordia entre todos los hombres. Ha de haberlas entre ellos sin duda alguna, pero no impuesta desde fuera por la coacción de la ley, sino que ha de brotar desde dentro por un imperativo de la conciencia. La innovación de Vitoria, lo que le sitúa ya fuera de la Edad Media y en plena modernidad, es que le ha quebrado aquel orden medieval, fundamentalmente divino y no humano, en que naturaleza, sociedad y gloria estaban por sí mismas escalonadas como tres aspectos o etapas distintas de la acción de Dios fuera de sí mismo: como el orden está ya hecho, la función del hombre es simplemente acomodarse a él. Al perder su vigencia esta idea, Vitoria acude a la de la conciencia, guiado por la cual el hombre tiene que hacer un orden en la naturaleza y en la sociedad, con la conciencia y con la ley. La ley no suplanta a la conciencia, que ha de mantener su imperio lo mismo dentro del derecho positivo, dando validez en el fuero interno a sus disposiciones, como oponiéndose a él cuando conculque abiertamente la justicia. No es el Emperador el Señor del orbe, que aunque lo fuera no dominaría a la conciencia del hombre, que en este mundo recoge la voz de Dios y a Dios ha de comprender en el otro, de lo bueno o malo que haya hecho. En nombre de Dios y de la conciencia, como teólogo, por lo tanto, y no como político, habla el padre Vitoria de la guerra. La hacen los militares, la declaran y la dirigen los juristas y gobernantes, pero aquéllos y éstos tienen una conciencia, que les impone la obligación de proceder con justicia, no ya tan sólo en la manera de hacerla sino hasta en la misma idea que de ella se formen. Si no tienen en cuenta más que las disposiciones del derecho positivo no llegarán jamás a su entraña más vital, porque esos hombres que guerreando matan y mueren son todos hijos de Dios y llevan en ellos, como prueba de su filiación, la luz divina de la conciencia. Le viene, pues, su fuerza —tal vez, también su debilidad— a la doctrina del padre Vitoria de su amplia visión del hombre, que no le permite encontrarlo, como si le contuviera por completo, dentro de la categoría de súbdito de un rey o ciudadano de un imperio: el hombre es ante todo hombre y, como tal, hay que reconocerle unos derechos y unos deberes, cuya raíz última está en Dios que lo creó

y lo redimió. Fiel a esta idea, el padre Vitoria basa toda su teoría tanto del derecho político como del derecho internacional en la conciencia del hombre. Reconoce pueblos y naciones con personalidad propia, de la que emanan derechos y deberes: admite y se somete a un bien común, que está por encima del interés y del provecho de los particulares; pero rechaza la razón de Estado o cualquiera otra forma de endiosamiento del poder público, que le autorice a imponer trasnormas de justicia que las válidas para el individuo... Vista la guerra, con este criterio, mucho más la guerra entre pueblos cristianos, es una monstruosa aberración o como dice el padre Vitoria con felicísimo acierto, un escándalo, que es, según los teólogos, la ocasión o causa del pecado...”<sup>23</sup>

La idea de comunidad internacional, debida a Vitoria, entre otras poderosas razones, ha nacido como consecuencia también de la guerra. Sobre todo, la intensidad y duración de la primera guerra mundial, “impulsó poderosamente los esfuerzos encaminados a promover la *organización* de la comunidad internacional, para evitar así, o matar en germen, nuevas guerras. Esta idea penetró en las cancillerías cuando el Papa *Benedicto XV* y el presidente de los Estados Unidos, *Woodrow Wilson*, la hubieron adoptado”, nos dice Alfred Verdross, si bien resultaría prolijo hacer la historia de la evolución de las instituciones de carácter internacional hasta nuestros días, no es posible soslayar la importancia que ha tenido la constitución de la Sociedad de Naciones, como antecedente de la Organización de las Naciones Unidas.

La moral es un elemento fundamental en que descansan las relaciones de los diversos Estados que integran la comunidad internacional. El internacionalista mencionado anteriormente establece: “Dentro de las normas sociales suele establecerse una distinción entre las normas de la moral (concretamente de la moral social), del derecho y de los llamados usos sociales o reglas de la cortesía. También en la vida internacional encontramos estos tres grupos de normas, y aunque el derecho internacional sea el más importante, rigen a su lado normas de moral internacional y de cortesía internacional. La obligatoriedad de la moral para los Estados fue expresamente reconocida por la resolución de la 37 Conferencia Interparlamentaria, celebrada del 6 al 11 de septiembre de 1948, cuyo artículo 1.º establece que ‘las relaciones entre los Estados se rigen por los mismos principios de moral que las relaciones entre los individuos’. Un ejemplo más antiguo de norma moral internacional consiste, por ejemplo, en el deber de auxiliar a otros pueblos en caso de escasez, como ya señaló Vattel”. Agregando: “Si por un lado la moral social *existe junto al* Derecho Internacional, por otro *ciertas* normas suyas

<sup>23</sup> JOSÉ M. GALLEGOS ROCAFULL, *El Hombre y el Mundo de los Teólogos Españoles*

van unidas al Derecho internacional por el hecho de que éste haga referencia a ellas. Por ejemplo, la Carta de la ONU reconoce la moral internacional al prescribir, en su preámbulo, en el artículo 1o., párrafo 1o., y el artículo 2o., párrafo 3o., que en la solución de los litigios que surjan entre los miembros, se tendrán en cuenta, no sólo los principios del derecho, sino también la justicia".<sup>24</sup>

Sin embargo, la idea de que la moral, sirve de base al Derecho internacional, es evidente en el curso de las mismas relaciones interestatales. "Esta necesaria conexión — escribe el tratadista Verdross — con la moral se da también con el Derecho Internacional. Incluso cabe afirmar que dicho vínculo se manifiesta aquí con mayor claridad que en el derecho interno, toda vez que éste suele aplicar toda una serie de órganos hasta que el órgano límite entre en función, mientras que el acervo de que dispone el Derecho Internacional es mucho más reducido. En el viejo Derecho Internacional, *no organizado*, la fórmula del precepto jurídico es pura y simplemente ésta: si el Estado A no se atiene en su conducta a lo que el DI establece, el Estado B, por él perjudicado, puede (no: debe) reaccionar recurriendo a sanciones (represalias, guerra). En esta fórmula, sólo queda sancionado el comportamiento del Estado A; en cambio, el deber del Estado B de aplicar la sanción únicamente si ha sido antes víctima de una infracción del DI, se funda en la norma moral de la buena fe, carente de sanción". En este sentido, ya Bynkershoe subrayó que el DI se funda en la buena fe: "Pacta privatorum tuetur jus civile, pacta Principum bono fides. Hanc si tollis, mutua inter Principes commercia... quin et tollis ipsum jus gentium". Si hacemos abstracción de este principio moral, el DI cae por su base."<sup>25</sup>

Ahora el mundo — para finalizar nuestro breve estudio — se encara a dos realidades: comunismo y capitalismo. Esto, brevemente dicho, es, sin embargo, la síntesis de dos mundos que con distinta ideología, se encuentran ya en dos barricadas. Se habla del mundo occidental y del oriental. Dos ideologías, con dos sistemas diametralmente opuestos de contenido filosófico, cuyas divergencias tan opuestas y marcadas han separado a la humanidad en dos áreas.

"En 1927 una delegación de trabajadores norteamericanos visitó al señor Stalin en Moscú — nos dice el escritor Walsh, ya citado — e intercambió con él puntos de vista sobre la posibilidad de emprender una cooperación real con Rusia Comunista. Durante la entrevista Stalin expuso con franqueza la futura sinuosidad de la política soviética, añadiendo una profecía dirigida a los Estados Unidos. "... Así, en el curso del próximo desarrollo de la Re-

de los Siglos de Oro. Editorial Stylo, México, pp. 27-30.

<sup>24</sup> ALFRED VERDROSS, *op. cit.*, p. 25.

<sup>25</sup> *Op. cit.*, p. 25.

volución Internacional', predijo 'se formarán dos centros en una escala mundial... La lucha entre esos dos centros por la posesión de la economía mundial decidirá el destino del capitalismo y el comunismo en el mundo entero'".<sup>26</sup>

Si "la guerra sólo puede ser un medio para la paz" — en la concepción Agustiniana — la humanidad ha tenido ya su experiencia amarga, ya que los conflictos bélicos en que el hombre ha luchado no fueron por el restablecimiento de algún orden de justicia, sino para frenar ambiciones de poder y de dominio; no lo fueron tampoco inspiradas en alguna doctrina que llevara alguna fórmula o doctrina de paz y alivio a la propia humanidad: el egoísmo, la soberbia, la incomprensión, fueron los principales móviles, que sumados a otros inconfesables, armaron la mano del moderno Caín en contra de su hermano. Mientras la humanidad no aprenda a comprender y a practicar una moral inspirada en Aquel que dejó como preciada herencia las palabras: ¡PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD! todos los esfuerzos por impedir la guerra serán inútiles, como inútiles han resultado los intentos para prevenirla o evitarla.

¡El día que el hombre tenga paz en su corazón, tendrá paz en el mundo!

<sup>26</sup> E. A. WALSH, S. J., *Imperio Total*, p. 157.